

para convencer al crítico de cuán espuesto es sentar proposiciones aventuradas en las difíciles cuestiones de la crítica histórica. Con razón dice el Sr. Gabarda que si así se racionase, acabó la fe pública y que ni aun los instrumentos legales tendrán ya valor. El mismo señor Antillon declara, que cuando reconoció el archivo del Ayuntamiento, él y su amigo D. Salvador Campillo, hallaron en el índice un rótulo con estas palabras: *papeles sobre los amantes*. Luego si en el índice estaba la llamada á esos papeles, por desgracia hoy desconocidos, y si en la escritura tantas veces citada se hace relacion de los mismos, como existentes en el archivo de la ciudad, resulta comprobada su existencia por mas que desaparecieran mas tarde ó fueran sustraídos, cosa á la verdad nada difícil en los antiguos archivos de nuestras pequeñas poblaciones, de donde con harta frecuencia se han sacado pergaminos y códices enteros, que se han destinado á cualquier uso, menos al importantísimo para que debian servir, ilustrando la historia.

No hay pues motivo para imputar ofensivas falsificaciones á Yagüe como hace el señor Antillon, el cual, segun hemos indicado, hasta duda del hallazgo de los cadáveres.

Y que esto fué cierto no puede negarse. La misma solemne escritura lo testifica, y la sana crítica lo confirma. Para declarar falso tal hallazgo, seria necesario suponer, como dice uno de los citados escritores<sup>1</sup>, que con bastante anterioridad al año 1555 hubiesen enterado con determinado propósito dos cadáveres de hombre y de muger en la capilla de los Santos Médicos: que los forjadores del embuste estuviesen seguros de que los cadáveres en vez de podrirse se habian de conservar integros y acartonados: que todas las personas cómplices en la falsedad guardasen con igual discrecion el secreto: que al colocar en dicha capilla los dos cadáveres, tuvieran valor y desocupacion para desenterrarlos del comun cementerio de los fieles, sin temer al severo castigo de las leyes, caso de ser descubiertos; y final-

<sup>1</sup> Gabarda.

mente que el notario Yagüe interviniera como autor, en la direccion de toda la tramoya. Tales supuestos repugnan al buen sentido. Yagüe no pudo intervenir en esto, porque cuando publicó su poema hacia mas de sesenta y un años que se habian descubierto por primera vez los cuerpos de los amantes, y añadiendo á este tiempo el que necesitaron los cadáveres para momificarse, resulta que Yagüe, como acertadamente escribe Gabarda, no solo no podia pensar en su poema, sino que ni aun existia en el mundo en la época en que debiera haberse inventado el enterramiento de los cadáveres, para fingir sobre ellos la fábula de sus amores.

El silencio que guardan los antiguos historiadores aragoneses acerca de este importante acontecimiento, que es otra de las principales razones en que se apoya el señor Antillon para negarlo, tiene una esplicacion sencillísima, que con su acertada claridad de juicio ha consignado en el prólogo de una novela contemporánea el inspirado autor del último drama, que tiene por asunto aquel tristísimo episodio<sup>1</sup>. «Los historiadores antiguos aragoneses, dice, no refieren este acontecimiento; aunque es verdad que los de tal género merecian muy poca atencion á los cronistas generales de aquella edad remota, para quienes era pueril, mezquino é indigno de la historia, todo lo que no tocaba de cerca á las personas de los principes y grandes, á los intereses privilegiados de los pueblos, á la religion ó á sus ministros. Nada tuvo que ver con esto la encendida pasion de Isabel y Juan Diego; y así, la muerte de dos jóvenes de condicion privada, que no produjo atropellamientos, venganzas, bandos, ni fundaciones pias, debió pasar desatendida de los escritores antiguos, como una de tantas desgracias domésticas, como una de tantas muertes de sentimiento que hoy ocurren, de las cuales no se escribe un renglon, y los que la saben las olvidan al mes de ocurridas. Pero el pueblo que tiene su gusto particular histórico, muy diferente por cierto del de los histórico-grafos, suele hacer mas caso de estas aventuras que de los capitulos mas elocuentes de una crónica, erizada de tratos

<sup>1</sup> El señor Hartzbusch en su prólogo á la novela, LOS AMANTES DE TERUEL por Renato de Castel-Leon.



y negociaciones que no entiende, ó llena de triunfos y derrotas que le han costado caros: así los turolenses conservaron por tradición este suceso, que pasó de padres á hijos, hasta mediados del siglo XVI, que dando probablemente entre tanto sepultada en el olvido la relación que por loable espíritu de paisanage, parece que se ingirió en unos anales de Teruel que se han perdido, y que acaso serian bastante posteriores á la época de los amantes.» Explicado con tanto acierto el silencio de los historiadores nada tenemos que añadir nosotros para contestar á este argumento del señor Antillon.

Y es circunstancia muy importante para la crítica, que todos los de este señor son negativos ó imputaciones que envuelven calumniosos cargos; y las razones negativas y las suposiciones cuando no se comprueban, sabido es el escaso valor que alcanzan. Si el historiador Blasco de Lanuza creyó también fabuloso este suceso, porque no había ningún escritor de autoridad y clásico que de ello hicieran mención, ya queda contestado con las mismas palabras del señor Hartzenbusch, á las que añadiremos con este célebre poeta, que el mismo Lanuza, por cuyo testimonio sabemos que el suceso de los amantes era entonces muy *sonado y cantado*, nos manifiesta evidentemente que se hallaba estendido por tradición antes de que Yagüe lo celebrara.

Reasumiendo pues cuanto llevamos expuesto, con presencia del testimonio de la escritura, y las notas del *Alcoran ó libro verde* del archivo de Teruel que tampoco conoció el señor Antillon y que hemos transcrito, comparando las razones de los que dudan de esta historia, con las que producen los datos adquiridos y la tradición conservada, concluimos, de acuerdo con el señor Gabarda: que los amores de Marcilla y de Segura, y el fin desgraciado que tuvieron son un hecho verdadero; que este hecho ha sido con el tiempo notablemente adulterado con las ampliaciones de los poetas, y de los copiantes de la primitiva narración histórica; que los cuerpos de los amantes fueron enterrados juntos en dos ataúdes en la capilla de los Santos Médicos de la iglesia parroquial de San Pedro de Teruel; que se encontraron por la primera vez en el año 1555; y vueltos á enterrar

en el mismo sitio, fueron definitivamente exhumados en 1619, levantándose de ello la *escritura pública* tantas veces citada; y que estos ilustres esqueletos permanecieron abandonados (abandono que contesta victoriosamente á los que pudieran creer sostenida esta historia por miras interesadas), en la iglesia de San Pedro hasta el año 1708 en que según noticia del mismo señor Antillon, con motivo de la nueva obra que se hizo en dicha iglesia, los trasladaron al claustro de la misma.

Desconfiando siempre de nuestro propio juicio, dudariamos de él sino le viésemos confirmado, además del historiador Gabarda, por el parecer de personas tan doctas como el ya citado señor Hartzenbusch, y el sabio académico de la Lengua y de la Historia D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, en un notable artículo publicado en el folletín del periódico «La España» correspondiente al 8 de Abril de 1855 bajo el pseudónimo de PPR. Después de haber leído el atinado juicio de uno y otro nos ratificamos en el nuestro, y terminamos este número repitiendo las palabras del señor Fernandez Guerra. «Contra el silencio de las crónicas; contra las dudas de Lanuza y Antillon acerca del suceso prodigioso de los amantes, existen sus cadáveres en Teruel, una tradición no interrumpida de seis siglos, y un muy antiguo escrito, con lo cual basta para tener el hecho por verdadero.»

## IV.

Todavía la lectura de la novela florentina de Girolamo y Silvestra, ó Gerónimo y Silvestra, escrita por Bocaccio á mediados del siglo XIV, pudiera dar origen á que los eternos impugnadores de todo lo que no cuadra á su pequeño criterio histórico, creyesen tomada la historia de los amantes de Teruel de la novela del poeta italiano. En efecto, gran semejanza guarda en el fondo la novela florentina con el suceso ara-